

El largo camino del deseo

Por:

Carlos Domínguez,

en Los registros del deseo.

Del afecto, el amor y otras pasiones, c.4,

Desclée de Brouwer, Bilbao, 2001, 67-88.

NACER ES SEPARARSE

Es largo el camino que el deseo pulsional recorre en la vida de cada sujeto. Desde el mismo día de su concepción juegan ya factores que van a determinar, quizás de modo decisivo, esa aventura de búsquedas singulares que pretenderá el deseo pulsional de cada cual. Porque los determinantes genéticos van a configurar también la dirección y las estrategias de la vida pulsional. No es el terreno en el que se centra el psicoanálisis. Pero sería una ingenuidad y un error de enfoque muy importante el olvidar que la constitución biológica de cada cual está también ahí jugando un papel decisivo en la psicodinámica global de la personalidad. No lo olvidó nunca Freud, que siempre se mostró atento a señalar el papel conjunto que constitución y ambiente desempeñan en la configuración de los diferentes aspectos de la vida afectiva. Menor sensibilidad, sin embargo, prestaron sus seguidores a ese componente de herencia y constitución biológica que nunca queda al margen de la psicodinámica concreta de la personalidad [1]. Tampoco aquí nos centraremos en esos aspectos genéticos. Pero no queremos olvidar que están siempre ahí jugando un papel determinante, aunque sólo sea como predisposición sobre la cual actuará el medio ambiente para activar o bloquear determinadas posibilidades.

Sobre el posible psiquismo fetal resulta difícil aventurar datos fiables. En cualquier caso, es creciente la sospecha de que también durante el embarazo juegan ya elementos de orden psíquico que comienzan a determinar la vida del deseo. Tanto la interpretación de los sueños como el análisis de determinados conflictos mentales condujo a Arnaldo Rascovsky a aventurar la hipótesis de un psiquismo fetal, en el que se viviría una situación semejante a la del nirvana y bajo un modo alucinatorio de satisfacción de las necesidades. Diversos estudios fisiopatológicos del embarazo más recientes hacen pensar, sin embargo, que en la vida intrauterina pueden presentarse también problemas y desequilibrios de orden diverso [2]. En cualquier caso, la situación fetal está ahí como un referente del deseo. Referente en el que, a nivel de fantasía primitiva, se deposita el mito de un paraíso primero donde la propia existencia funciona, al margen de cualquier tipo de alteridad, como una totalidad feliz e indiferencia-da. Muchos mitos de los orígenes remiten, de una forma u otra, a esta situación fantaseada en la vida del deseo [3].

Nacer es, por tanto, como ser expulsado del paraíso [4]. Es el momento en el que, al efectuarse el corte del cordón umbilical, nos convertimos ya para siempre y de modo esencial en "seres separados", situación que, como ya adelantábamos en el capítulo II, viene a constituirse en la dinámica originaria del deseo humano. No éramos antes "seres separados". Éramos una realidad indivisible con la de nuestra progenitora. A partir de ese momento se inaugura, pues, lo que pasará a constituir la situación más definitoria de nuestra dinámica afectiva y desiderante. El ombligo será la marca de nuestro "cierre", testigo, por tanto, de nuestra realidad "individual" y de nuestra separación constitutiva.

Es mucho todavía lo que resta para que esa separación que nos constituye y nos abre a la aspiración más radical del deseo pueda ser asumida y hecha realidad psíquica. El recién nacido vivirá todavía unos largos períodos en los que mediante la actividad alucinatoria

que marca su vida mental vivirá en una fantasía de unión fusional con el mundo materno. Son pasos progresivos y siempre complejos, como iremos viendo, los que irán marcando en su interioridad psíquica la realidad física de la separación que tuvo lugar el día del nacimiento. A lo largo de ese camino irá surgiendo, la sonrisa primero, la palabra después con la que se intentará cruzar la distancia que del otro nos separa. Por eso, si el ombligo es la marca del cierre, la voz en la apertura que nos abre para colmar la distancia de la separación que nos constituye [5].

Ya lo sabemos. Por siempre permaneceremos en una aspiración radical a eliminar la distancia y la diferencia que nos constituye. Siempre a la búsqueda de una alteridad con la que aliviar nuestra separación. Personas, cosas, fantasías... todo podrá ofrecerse como objeto mediante el cual reproducir, aunque sea por un momento, la primitiva unión anterior al nacimiento. Enamoramientos, pasiones, uniones de carácter místico... son los registros del deseo, las vías privilegiadas por las que cada uno dirige sus pasos para calmar nuestra radical y originaria "falta de ser". Los pasos serán lentos y complejos hasta que, finalmente, pueda ser asumida la separación para posibilitar que esos enamoramientos, pasiones y encuentros no quieran ser una eliminación engañosa, una negación realizada con "mala fe", de esa separación que nos convierte en seres deseantes. A esos pasos nos iremos refiriendo a partir de ahora.

INCORPORAR LA ALTERIDAD

La aspiración a mantener la unión fusional primitiva encuentra en el amamantamiento su mejor base. Es el mejor soporte que el deseo pulsional puede encontrar para lograr su propósito unitivo. Por eso, en la actividad de mamar, el bebé satisface la necesidad de alimento, pero acompañada de un placer importante, que posteriormente será buscado por sí mismo. De este modo, en la necesidad biológica de la nutrición se vehicula la búsqueda de fusión y la gratificación y placer que le acompaña [6].

La zona oral se convierte así es fuente de placer, de gratificación que desborda con mucho la necesidad de alimentarse. El chupete, el dedo, el pico de la manta, cualquier cosa será útil para revivir en la fantasía, de un modo alucinatorio, la unión deseada con lo materno. Durmiendo, incluso, el bebé parece, en ocasiones, succionar. No necesita ya de ningún soporte externo para lograr el placer unitivo e incorporador del objeto bueno, el pecho materno [7].

En definitiva, tomar el pecho se convierte en un algo más, mucho más, que satisfacer la necesidad biológica de nutrirse. Es la oportunidad para vivenciar una incorporación del objeto materno, del pecho, que se convierte así en un objeto psíquico, "objeto parcial" [8], además de biológico. Lo externo, es "in-cor-porado", es decir, introducido como parte del propio cuerpo, como parte de la propia realidad personal. El bebé que se amamanta se confunde, se funde, pues, con la instancia materna hasta el punto de no llegar a saber si él mismo es boca o pecho; vacío que recibe o plenitud que se ofrece. Tan fundido, tan confundido, experimenta su primera relación con la alteridad [9].

Comer o ser comido se constituye, así en un tema central de las primitivas fantasías infantiles y dejarán su huella en el inconsciente del adulto. Cuando éste, haciéndose pequeño, juega con el niño, lo hace fingiendo que se lo come, provocando a la vez gran regocijo y susto en la parte infantil [10]. Este niño no "me" come nada, dicen a su vez algunas madres para referirse a la falta de apetito de sus hijos, como si fueran ellas las que todavía fueran comidas a través del alimento de sus criaturas. Son muchos los mitos, las leyendas y los cuentos infantiles que manifiestan esa fantasía primitiva y que intentan elaborar las ansiedades asociadas a esta doble actividad, tan indiferenciada en los

primeros estadios de la existencia. Desde Cronos a Drácula, desde las comidas totémicas al lobo de Caperucita, comer y ser comido ha desempeñado siempre un papel importante en la fantasía más honda del ser humano.

Pero esta apoyatura que el deseo encuentra en la actividad nutritiva dejará su marca para siempre en la estructura del deseo. Nutrirse será ya por siempre algo más que alimentarse así como la unión con el cuerpo amado tendrá siempre también unos matices de "oralidad" y "alimento". Por una parte, la relación con la comida se convertirá para el ser humano en algo más que satisfacer una necesidad biológica. El componente afectivo se le unirá, de una manera u otra, a esta función biológica de primer orden. "Comer con" ha sido y seguirá siendo siempre en todos los tiempos y culturas un "unirse a".

Las asociaciones con el mundo materno serán, sin embargo, las más relevantes de todas. Comer, seguirá siendo, de alguna manera, incorporar porciones de aquel objeto bueno primitivo que fue el pecho de la madre. Tanto más, cuanto mayores hayan sido las fijaciones o regresiones a esa primera etapa del desarrollo libidinal. Es la comida, explicaba un sujeto en psicoterapia, el momento en el que más presente se me hace el recuerdo de mi madre recién muerta. Por eso también, la comida elaborada por la esposa es la que, instintivamente, muchos hombres comparan con la de su propia madre. En un nivel más profundo y con la intervención de otros componentes patológicos, los graves trastornos la ano-rexia y la bulimia, encontrarían aquí su vertiente psíquica más significativa [11].

Junto al comer, toda otra serie de actividades de incorporación oral enlazarán con esas primitivas satisfacciones del deseo. Beber, fumar, drogarse, medicarse, todo podrá convertirse en una sustitución de las primitivas incorporaciones de objeto. Tranquilizan, relajan, proporcionan bienestar. El sujeto que necesita portar consigo el recipiente de sus medicamentos, generando una gran ansiedad si en un momento se ve sin ellos, está llevando en su bolsillo algo más que unos componentes químicos determinados. Está aliviando su ansiedad con la cercanía de un "objeto bueno" que, oralmente, le proporciona la paz. Y en los casos en los que la separación del "pecho bueno" no es tolerable, la adición a esos objetos sustitutivos pueden mostrar todo su peso destructor. Por la boca se introduce, entonces, un pecho que anula y mata. Sea tabaco, alcohol, medicamentos o droga.

Pero si el comer o el incorporar por la boca otros elementos se impregnan de la afectividad oral primitiva, también el mundo afectivo y erótico dejarán ver la marca de su antigua relación con el alimento. La boca se alza como objeto erótico de primer orden y la fantasía de incorporación oral juegan con intensidad en las relaciones sexuales, activando los estratos más antiguos del mundo afectivo. En razón de ello, la relación del objeto erótico con el alimento y la nutrición se deja ver desde muchas perspectivas que se pueden adoptar. La del lenguaje es una de ellas. Se dice que una persona es "un bombón", que es una persona "dulce", que "está buena", que "está rica", o que está "está para comérsela". Y la canción de éxito puede repetir con insistencia "devórame otra vez, devórame otra vez".

ANSIEDADES PRIMITIVAS

Durante estos los primeros estadios de la vida el bebé vive en una imaginaria relación fusional y simbiótica con el mundo. La realidad no existe todavía. Se podría decir que él es todo y todo es él. El niño se relaciona así con el mundo de una forma fantástica, en la que los elementos que la rodean constituyen tan sólo motivo para fantasear según sus impulsos y necesidades.

En este contexto, la relación con la madre (o de quien haga sus veces), constituye el núcleo de lo que Rof Carballo denominó "urdimbre primaria", es decir, una realidad "*constituyen te y programadora*", a modo de trama sobre la que se constituye toda relación con uno mismo y con las otras personas [12]. Porque, efectivamente, cuando al niño toma el pecho o el biberón, con la leche está bebiendo, al mismo tiempo, el rostro, todo el mundo interno de la madre. El tipo de relación que con ella establezca será decisivo. De alguna manera, el mundo adquirirá el rostro materno. Por tanto, si en estas primeras experiencias vitales predominan las emociones más positivas, el niño se sentirá seguro y protegido, brotará un convencimiento de que el mundo y la vida son buenos. Pero si son las negativas las que se imponen, los "objetos malos" poblarán su mundo interno, no será posible superar las fragmentaciones y disociaciones internas ni se hará posible resolver el conflicto entre el amor y odio que siempre acompaña al ser humano [13]. Probablemente surgirá una necesidad imperiosa y enfermiza de amor y afecto y un odio a todos aquellos que no lo ofrecen tal como se desearía.

Esa "urdimbre primaria" de la que nos habla Rof Carballo, es una "realidad transaccional", en la que tanto el niño como la madre juegan como un mundo causas del uno para el otro: lo que el bebé despierte en la dinámica psicológica de la madre (ansiedad, culpa, alegría, posesividad...) revertirá inevitablemente sobre él constituyéndole ante el mundo. En cualquier caso, nos encontramos con un mundo complejo por su misma esencia (al margen de las incidencias particulares que tengan lugar en cada caso) y en el que no faltarán nunca ansiedades muy hondas que, esencialmente, tienen que ver con la dificultad para asumir internamente esa separación original que nos constituye desde el momento de nacer.

Si la relación oral primitiva expresa la aspiración a mantener un contacto fusional con la alteridad, de alguna manera, negarla como tal alteridad, ello no impide que la realidad de la separación que tuvo lugar el día del nacimiento se imponga de una manera y otra. No es posible ya la unión total y permanente. El pecho materno está ahí como objeto bueno, unitivo, pero no lo está de modo continuo. Hay una alternancia de presencia y ausencia materna que deja ver la realidad constituyente de la separación. Una separación, por otra parte, que el recién nacido no puede comprender ni, por tanto asimilar en su interior. Tan sólo entiende que su necesidad unitiva se ve frustrada, que tiene hambre y no recibe de inmediato su alimento, que tiene sed y no se la calman, que tiene frío o calor y no le remedian, que experimenta ansiedad y no encuentra una voz que le alivie, etc. Entonces la madre no es un "pecho que no está", se convierte de inmediato en un "pecho malo", perseguidor, hostil y peligroso. El mundo, de repente, se vuelve una realidad amenazante. La separación en estos primeros momentos de la vida es percibida como pura negatividad. Una negati-vidad activa y enérgicamente peligrosa, que invade la propia realidad interior, habida cuenta que el bebé no es aún capaz de diferenciar su realidad propia de la del mundo externo. Una angustia persecutoria se instala así en el recién nacido como expresión de la intolerable separación, no entendida sino tan sólo "padecida".

La realidad psíquica del recién nacido queda de este modo escindida entre un mundo bueno y un mundo malo, una madre buena y una madre mala, más exactamente (dado que el recién nacido no es capaz de una percepción global del objeto), un "pecho bueno" y un "pecho malo". Según se active una realidad u otra, todo el amor y todo el odio se desencadenará de inmediato. Es lo que Melanie Klein denominó la "posición esquizo-paranoide" [14], y en donde encontramos las disposiciones psíquicas de los conflictos mentales más graves, así como muchas representaciones míticas tales como las de las brujas o hadas, madrastras malvadas o madres bondadosas, dioses o demonios, etc. También, sin duda, encuentran aquí sus raíces últimas determinados modos de pensar de tendencias maniqueas que, incapaces de matización, dividen, escinden la realidad en

bloques nítidos de completamente blancos o totalmente negros.

Dependiendo de los modos de relación que se establezcan en estos primeros estadios, entre el cuarto y el sexto mes (aunque la dimensión temporal es relativa, por lo que Melanie Klein prefiere hablar de "posición" más que de "estadio" o "etapa") se podrá ir elaborando esa primera posición esquizo-paranoide, para irse introduciendo la "posición depresiva", en la que la aceptación de la separación constituyente se va posibilitando [15]. El bebé "caerá en la cuenta" de que no existe una "madre buena" que le asiste y le cuida y otra "mala" que le abandona o le persigue. Tan sólo existe la única realidad de una madre, que ahora comienza ya a ser percibida de modo más integrado como objeto total y no meramente parcial, que está presente y se va, que gratifica y que frustra, que no es ni la madre totalmente buena que se fantaseó, ni la madre maléfica que se temió y que imaginariamente se dañó. Un trabajo de duelo se impone: hay que dar por perdida esa fantasía de un objeto totalmente bueno, separado por completo de otro odioso, frustrante y peligroso. La percepción integrada de esa única realidad existente comienza a desempeñar un papel fundamental en la maduración de las relaciones humanas y a favorecer los sentimientos generosos y altruistas dedicados al bienestar del objeto materno [16]. La relación con ese objeto materno pasa, pues, desde su primitiva situación fusional a una, más elaborada, que podríamos denominar "dual" y en la que la aceptación de la separación se va abriendo paso 'progresivamente. Todavía, sin embargo, la madre será fantaseada conforme a las propias necesidades y deseos. No cabe todavía pensar ni admitir que la madre sea un objeto separado, es decir, que exista con independencia a la satisfacción de las propias carencia y necesidades [17].

SEPARACIONES Y PÉRDIDAS

La separación constituyente, sin embargo, sigue abriéndose paso. El destete, juega en ello un papel de importancia. No será siempre fácil, puesto que supone la renuncia a un contacto directo con la madre. Comer, ahora, quedará bastante más reducido a la satisfacción de una necesidad biológica, aunque siempre quede impregnada, como ya vimos, de huellas afectivas profundas.

Pero en los procesos de separación, el cuerpo seguirá marcando pautas importantes. La maduración de los esfínteres abrirá el paso a una nueva actividad biológica, la de la defecación, que pasará a recoger intereses y búsquedas, cargadas de importantes contenidos afectivos. Es una nueva actividad la que el niño descubre, sometida además al control de su propia voluntad. Se da entrada así a lo que el psicoanálisis denominó fase anal, dentro de la evolución libidinal. En este momento, el interés del niño se desplaza desde la zona oral en la que estuvo polarizado a lo largo del primer año de vida, hasta esta zona de su cuerpo. También en ella, el niño encontrará una fuente de placer que, ligada a la función biológica de la defecación, irá más allá de la mera función orgánica. Toda una nueva problemática se abre en la vida del deseo. La doble polaridad de expulsión-retención, ambas fuentes de placer, se establece ahora como paradigma de relación con los objetos [18].

El momento es además importante porque supone la entrada en juego de las primeras normas de educación higiénica. Hasta ese momento la conducta del niño había contado con el único principio del placer. Ahora, se impone un nuevo principio, el de la realidad, con un mundo exterior hostil a sus impulsos. Se hace obligado el convertirse en un "animal limpio", en un ser de civilización y cultura. Como Freud nos señala, nos encontramos aquí con la *primera represión de sus posibilidades de placer... lo anal pasa a constituir, desde este punto, el símbolo de todo lo prohibido, de todo aquello que nos es*

preciso rechazar y apartar de nuestro camino [19].

Frente a las limitaciones de las normas que se imponen ahora, el niño reaccionará de diverso modo según las vicisitudes de sus relaciones con el medio. Aceptará de buen gusto la renuncia a su placer o reaccionará oponiéndose a ellas de modo rebelde. En el mejor de los casos, la renuncia al placer, no dejará de provocar unas reacciones agresivas frente a quien impone esta renuncia. Toda la sexualidad anal queda teñida de un carácter agresivo que, como en el caso de los contenidos orales, se evidencia en las expresiones populares concernientes a estos temas. Obtener el placer y agredir coinciden en el acto de la defecación.

De ese modo, los componentes agresivos que se engarzan en la vida del deseo (recordemos que ya en la fase oral, el morder y comer dejaban ver esa tendencia), se dejan ver con particular fuerza en el erotismo anal [20]y, en ocasiones, se extiende más allá de ella. No deja de resultar significativo a este respecto lo que ya señaló Rof Carballo cuando nos indicaba de qué manera en castellano la palabra empleada, en lenguaje soez, para indicar el acto amoroso se utiliza también para expresar la violencia destructora que deseamos ejercer sobre el prójimo o que pensamos que el prójimo puede desplegar sobre nuestra persona. Esía *mezcla de amor físico, raíz indiscutible de las formas mas elevadas del amor, con la agresividad anal debiera ser considerada con más atención por filólogos novelistas, psicoanalistas e historiadores cuando se trata de bucear en los últimos fondos del alma española* [21].

Todavía, sin embargo, cabe resaltar otro aspecto importante de este momento de la evolución libidinal. Junto con la intrincación agresiva, la afectividad anal está también marcada por el sello de la omnipotencia y el narcisismo. El niño se siente orgulloso por este nuevo poder que está a su alcance [22]. Encuentra que dispone de un arma importante de autoafirmación, en el sometimiento o la rebeldía que se pone a su alcance y ejercicio. Pero además, lejos de experimentar repugnancia frente a sus excrementos, los considera como objetos de gran valor, en la medida en que son como partes desprendidas de su cuerpo y, por tanto, tan valiosos como él mismo se siente. Sólo más tarde se desarrollará el sentido del asco y repugnancia, también como medida de defensa frente a tendencia que deben ser reprimidas [23]. La inclinación que manifiestan los niños por jugar y manipular todo lo sucio que se pone a su alcance, es el desplazamiento que hace posible, al mismo tiempo, la satisfacción y la renuncia ligadas a la analidad. Más tarde, muchos de estos componentes anales se unirán a la relación con otros objetos, particularmente con el dinero [24] como ya tuvimos ocasión de recordar en el capítulo dedicado a las transformaciones actuales en la vida del deseo. La dinámica de retención-expulsión, que marcó la actividad anal en sus principios, se extiende así en el mundo afectivo a la relación con los objetos. Por otra parte, la dinámica de sometimiento masoquista o de control sádico, tan propios de este período, podrá extenderse igualmente al campo de las relaciones interpersonales. Someterse o controlar dominando constituyen actitudes que guardan relación con estos estadios del desarrollo libidinal.

LA LEY DEL DESEO

El largo camino del deseo, vehiculado en el cuerpo libidinal, encontrará una etapa fundamental en su estructuración cuando su interés se centra en la genitalidad. Ese momento, entre el tercer y cuarto año de vida, se abrirá cuando tenga lugar la constatación del descubrimiento de los sexos. Descubrimiento, en su sentido *mas* estricto. Porque tanto el niño como la niña han vivido hasta ese momento desde el convencimiento de la existencia de un sexo único. En realidad, para ellos todavía no existía el hecho de ser varón

o hembra. Como si todos fuéramos, simplemente, personas.

El descubrimiento de dos realidades corporales diferentes, introduce una seria inquietud en los niños y les despierta una intensa curiosidad e interés [25]. No se lo esperaban. Y algo extraño parece acaecer de pronto ante sus ojos. En sus conversaciones volverán al tema, por ello, una y otra vez. Intentando encontrar una explicación a lo que les resulta inexplicable. El sentimiento de que en el sexo femenino falta "algo", induce a una seria preocupación, tanto en el chico como en la chica [26]. Hará falta un tiempo hasta comprender que tener un pene no es equivalente a ser poseedor del falo (símbolo de la potencia, de la fecundidad, en suma, el significante por antonomasia del mismo deseo [27]) y que, por tanto, el varón con su pene, como la hembra con su vagina, están remitidos a aceptar una "falta", la que habrá que admitir como "castración simbólica", es decir, la de la aceptación de una limitación fundamental en la vida del deseo: no se es todo para nadie, ni de que nadie podrá ser todo para uno mismo. Dicho en otros términos/ a que nadie es el falo, sino que tan sólo es posible disponer de una capacidad y potencialidad limitada, sea bajo la forma de pene o de vagina [28]. Lo que equivale también a decir que todos los deseos humanos (deseo oral, anal, visual, etc.) estarán siempre marcados por la experiencia crucial de haber tenido que aceptar la insatisfacción del deseo.

Insatisfacción del deseo de ser todo. La naranja entera y no la media naranja que se evidencia ante la percepción de la diferencia de los sexos. Media naranja, que separada de la otra mitad, la buscará de mil formas, sin encontrar nunca ninguna que le haga experimentar de modo estable que, en su unión, se podrá llegar a ser naranja completa. La diferencia impedirá el ajuste perfecto y la distancia constituyente se abrirá paso de inmediato, dejando ver la imposibilidad de conquistar la redondez perfecta de la totalidad [29].

Es la ley del deseo: éste no puede ser colmado. Ley que se hace obligado aceptar y que en la estructuración edípica encuentra su momento más estructurante y fundamental. Ya nos referimos a ella en el capítulo II. En el largo camino que ha de recorrer el deseo para llegar a estructurarse como deseo humano se ha ido forzando a una división del sujeto en una diferenciación de lo posible y lo imposible, de lo permitido y de lo negado. Las fases orales y anales mostraron ya unas obligadas renunciaciones, separaciones y pérdidas. Fueron la condición para poder proseguir el desarrollo y maduración del deseo, ese deseo que en la infancia aparece como omnipotente en sus pretensiones y devastador en sus efectos, si no llega a reconocer los límites. Ahora, en la fase edípica, deberá afrontar una norma y limitación fundamental como condición ineludible para acceder al nivel de lo humano. El objeto total del deseo (representado para el sujeto infantil en la madre o en el padre) está excluido del campo de satisfacción [30]. "*Complejo de Edipo*" para el psicoanálisis, "*prohibición del incesto*" para el antropólogo, son los términos que responden a la diversa conceptualización de una realidad que afecta esencial y estructuralmente a la sexualidad humana.

El Edipo, en este sentido, más allá de la historia triangular, cuyo máximo exponente mítico lo encontramos en la tragedia Sófocles, viene a ser como la gran encrucijada entre el deseo y la realidad, entre la omnipotencia infantil y la Ley, el paso de lo imaginario a lo simbólico, de la naturaleza a la cultura; el tránsito al mundo del símbolo, de la palabra, de la realidad. Y es evidente, que este acontecimiento fundante de lo humano puede funcionar en los moldes de nuestra estructura familiar, acomodándose, por tanto, de modo sustancial al esquema extraído por Freud de la tragedia de Sófocles, o en otros moldes diferentes, existentes o por existir en otras culturas y momentos determinados. En su argumentación o dramaturgia puede coincidir más o menos con ese esquema. Pero esto es, hasta cierto punto/ secundario. La cuestión fundamental radica en la constitución del sujeto a través de unos cauces donde el amor y el odio, el deseo y la ley, la rebelión y la

sumisión se cruzan en una historicidad que puede ser multiforme [31].

Pero no debemos olvidar que la ley que marca y organiza al deseo en la situación edípica no posee sólo un carácter negativo, de prohibición. A través de su observancia el sujeto podrá ganar su propia identidad y entrar en el campo relacional [32]. Porque en el intercambio de la renuncia a los progenitores, se sitúa en la continuidad de las generaciones y adquirirá a sus propios ojos y a los ojos de los otros, un nombre que le identifica a él mismo y ante los demás. Como ya vimos anteriormente, la situación edípica se muestra como el momento decisivo en la estructuración de la subjetividad y de la constitución de uno mismo. En este sentido, tal como atinadamente lo expresó el filósofo francés Louis Althusser, el Edipo es la aventura por la que un animalito nacido de un hombre y una mujer se convierte en sujeto humano [33]. Un sujeto humano que recibe el derecho a amar y a procrear conforme a los términos de la ley que organiza al deseo. Renuncia a la pretendida totalidad de ser el falo y pasa a conformarse con la posibilidad, que es su potencialidad, de tener un pene o una vagina [34]. El Edipo consagra, pues, en un nivel superior, esa separación radical que se instaló una primera vez en y por el nacimiento. Es el momento fundamental en la aceptación de nuestra realidad de "seres separados".

Seres separados y también contingentes desde la posibilidad de poder o no haber nacido, de estar llamados a la fragilidad y a la limitación y de estar, finalmente, abocados a la muerte. El narcisismo omnipotente, proyectado anteriormente en las figuras parentales hasta el punto de conferirle los atributos propios de una divinidad (los padres los saben todo, lo pueden todo, son infalibles y buenos sin falla), ve reducida ahora sus pretensiones. El Edipo supone también, en este sentido, el paso fundamental en la renuncia a la omnipotencia infantil.

En toda esta problemática juega un papel importante la preocupación infantil por los temas relacionados con el nacimiento y la fecundación [35]. Pero como indica Freud, detrás de estas cuestiones, existe una interrogación más radical, con cierta analogía metafísica, que sería la del origen de la vida. Es la pasión de los orígenes. Tal cuestión, sin embargo, tan sólo posee una analogía con lo metafísico. Su motor auténtico es el narcisismo y los sentimientos de omnipotencia que de él se derivan. El principio y el fin de la vida, nacimiento y muerte, son cuestiones que hieren mortalmente esta omnipotencia que aspiraría a no tener límites ni padecer ningún tipo de contingencia. Pero nacer y morir son la contingencia suma. De ahí que el niño tenga especiales dificultades para comprender (para aceptar) que sus padres, imágenes de su omnipotencia, puedan tener un origen en otros, que se encuentren encadenados a una sucesión de generaciones. Mayor dificultad aún es la que manifiestan los niños para la aceptación de la muerte: "mi yo no me lo pueden robar", diría el niño con Unamuno.

La resolución de toda esta intensa situación conflictiva que se experimenta en la situación edípica posee tan sólo una alternativa: la renuncia. Renuncia a ocupar el puesto del padre o de la madre, asumir la "castración simbólica" y conformarse con ocupar un puesto, un lugar, dentro de la constelación familiar. Aceptar ser tan sólo un eslabón en la cadena de las generaciones, con un principio y un final, con un deseo que impulsa hacia algo que nunca se encuentra, porque como nos decía Luis Cornuda, *el deseo es una pregunta cuya respuesta nadie sabe*.

LATENCIA Y APERTURAS

La renuncia a los deseos incestuosos del Edipo conducirá a una liberación del deseo pulsional, más a allá de los primitivos y reducidos intereses de la primera infancia. Ahora,

a lo largo de la segunda infancia y hasta los años de la pubertad, el deseo se abrirá a horizontes más amplios y búsquedas en órdenes diferentes. Es un período de relativa calma que se abre entre dos etapas de gran intensidad en cuanto se refiere a los intereses sexuales. "Fase de latencia" fue el nombre que recibió en el psicoanálisis, para destacar el estado oculto en el que permanecerán, hasta la pubertad, las grandes búsquedas y aspiraciones eróticas [36]. Esta latencia, jugará un papel decisivo, sin embargo, en la configuración del ser humano como ser de cultura, puesto que los intereses socioculturales verán una oportunidad única en este "aplazamiento" de los intereses más primitivos, para injertar sus propias yemas en la planta del deseo. El árbol del deseo pulsional encontrará así en esta etapa una oportunidad de expansión y se abrirá en ramajes y registros diversificados. Alimentará así con su fuerza original los valores específicos que le vienen del entorno social.

Porque, si en sus inicios, el deseo pulsional constituyó un tronco unitario, en estos momentos vivirá una diferenciación, que le permitirá perseguir su objetivo nuclear de encuentro y unión en registros muy diferentes. De modo importante, el deseo pulsional se verá forzado a diferenciar los aspectos explícitamente eróticos y sexuales de los simplemente tiernos, efectivos y cálidos. La introyección de la ley del deseo, la aceptación de que la madre y el padre están excluidos del campo de interés sexual, hará que comience a desarrollarse hacia ellos todo un intenso amor, pero completamente inhibido en sus intenciones eróticas. El amor a los progenitores se "platoniza" y las tendencias eróticas quedarán en un estado latente hasta que más tarde puedan dirigirse hacia otros objetos diferentes, fuera del ámbito familiar. Lo erótico y lo tierno se verán así netamente diferenciados como ramas que, tras el Edipo, se abren en direcciones distintas desde el tronco del deseo.

Pero, además, en ese mismo tronco, el árbol del deseo acogerá los intereses varios que el entorno social se preocupa de injertar en él. De ese modo, el deseo pulsional se transforma para acoger y hacer propio esos valores que la cultura le incorpora. A partir de ahí, y por la mediación del lenguaje y la simbolización, cambia el objeto de su búsqueda, como cambiará también el tipo de satisfacción que en ella pueda encontrar. Es el proceso que el psicoanálisis conoció con el nombre de sublimación y al que, como registro fundamental del deseo, dedicaremos un capítulo más adelante.

En este período de la vida, desde el quinto o sexto año, esos procesos de sublimación juegan un papel esencial en la vida del deseo. El horizonte familiar se abre para dar entrada a otras instituciones socioculturales, en las que el colegio juega un papel fundamental. Son ahora otras esferas de la vida las que van a centrar la preocupación y el interés del sujeto [37]. Época óptima, por tanto, para emprender múltiples aprendizajes, para incorporarse a numerosos proyectos colectivos, para reforzar la propia identidad conforme a los modelos que el entorno ofrece, para establecer nuevos vínculos afectivos en el terreno de la amistad.

Las relaciones con los compañeros y compañeras en el ámbito escolar desempeñan también un papel importante en la configuración de la propia vida del deseo. No siempre es fácil la integración en ese espacio que, por sus dimensiones particulares y por la entrada en juego de todo un aparato organizativo, es vivido muchas veces como amenazantes y peligroso. Se hace obligado poner en juego todo un abanico de habilidades sociales para conquistar el beneplácito, el cariño o la admiración de los otros. Y no todos los consiguen en el mismo grado.

Pero al mismo tiempo, la vida escolar posibilita también (al margen de los contenidos académicos y de valores sociales que intenta transmitir), el reforzamiento del propio Yo, mediante la identificación con los iguales, así como mediante la competencia y rivalidad con los otros. La "pandilla" de amigos, como grupo social que se inicia en esta etapa,

servirá de cauce para vehicular intereses afectivos así como también de orden agresivo y destructor.

Por su parte, los educadores acogerán toda una serie de afectos de orden muy diversos, dependiendo fundamentalmente del tipo de transferencias parentales que se realicen sobre ellos [38]. En una sociedad en la que, como analizábamos en el capítulo III, se produce una exaltación narcisista y que parece experimentar una auténtica alergia ante cualquier tipo de ideal o normativa, el maestro, necesariamente portador de ideales, se convierte en una figura que recoge el rechazo y la animadversión más violenta. Esa figura que, hace cincuenta años, era generalmente encomiada y valorizada por el entorno social, hoy se convierte en un auténtico buco emisario que recoge toda la agresividad que el grupo experimenta frente a lo que le limite. Son malos tiempos para quienes tienen como función básica representar y proponer los ideales de la cultura, pues parece que el deseo pulsional en nuestros días es invitado a rechazar cualquier tipo de limitación que le organice y estructure convenientemente.

REACTIVACIONES Y RESOLUCIONES

Tras la etapa de relativa tranquilidad del período de latencia, una nueva oleada de la vertiente más explícitamente sexual del deseo irrumpe en el sujeto, viniendo a romper el equilibrio emocional del que se disfrutó a lo largo de la segunda infancia [39]. Factores biológicos de primer orden juegan en esta nueva situación. El proceso hormonal de este período trae consigo la maduración biológica de la sexualidad, con el desarrollo de los caracteres primarios y secundarios de la misma. Todo ello supone una irrupción de la fuerza instintiva sexual que traerá, como trasunto psíquico, una reactivación importante de las antiguas temáticas del deseo pulsional.

La dinámica general de la personalidad entra en una situación de conflicto que será mayor o menor y desembocará en una situación más sana, más perversa o más neurótica dependiendo de sus antecedentes y de las canalizaciones últimas que, en este período, encuentre el deseo pulsional. Pero, en general, el Yo, que se había ido fortaleciendo a lo largo de la segunda infancia, se verá ahora de nuevo amenazado por el empuje de las fuerzas del Ello, despertadas ahora por el desarrollo hormonal. Por otra parte, las exigencias e ideales del Superyó jugarán también de modo importante para reestructurar el equilibrio o para acentuar aún más el conflicto. Cuando el Yo se ve asediado por las exigencias de un Superyó tiránico se verá anegado de angustia y culpabilidad, más o menos inconsciente. Cuando es el Ello, sin embargo, el que se impone dominando al Yo, se dará una tendencia a la búsqueda compulsiva de gratificaciones sexuales y agresivas que no estará exenta de intensos sentimientos de culpa. La intensidad de la crisis y su resolución dependerá entonces de la fuerza de los impulsos del Ello, de la tolerancia o no del Yo respecto a las pulsiones eróticas y de la naturaleza de los mecanismos de defensa, más o menos adecuados, así como del tipo presión e influencia que se ejerza desde el entorno [40].

Toda esta nueva situación psicodinámica hay que entenderla, además, desde la reactivación que tiene lugar en este momento de los temas edípicos infantiles. Más o menos encubiertos durante la fase de latencia, resurgen ahora de nuevo con fuerza para intentar una resolución definitiva. Es momento en el que la vida del deseo encontrará sus perfiles últimos, si bien, esencialmente determinados por las incidencias psicobiográficas anteriores [41].

Esta reactivación de los contenidos edípicos y la necesidad de asumir, ya de un modo definitivo, la ley del deseo, con la renuncia a los lazos incestuosos, es lo que opera como núcleo de esta conmoción afectiva de la adolescencia. Es un "adiós" a los antiguos objetos

de amor el que se ha de pronunciar internamente, provocando sentimientos de tonalidad depresiva y activando también defensas de tipo maniaco, tan prototípicamente adolescenciales. Por ello, el adolescente es muchas veces un ser triste, sin que llegue a saber cuál es el motivo profundo de su pesar, ni el porqué de sus defensas maníacas con las que intenta huir de su depresión, su cantar, reír y brincar por no llorar y venirse abajo.

La actividad masturbatoria, tan prototípica de este momento de la vida, trae muchas veces aparejada de modo inconsciente los temas irresueltos de la con-flictividad edípica infantil. Es ahí, por lo demás, donde podemos encontrar explicación a la culpabilidad (no siempre consciente) que tan fácilmente despierta este tipo de comportamiento. Son muchos los fantasmas que, asociados a la masturbación, provocan temores, ansiedades y culpas en el ámbito inconsciente. En este sentido, resulta ilustrativo hacer un repaso de las consideraciones que de ella se hicieron en el campo médico, por no referirse al ámbito de la moral. La masturbación quedó asociada a un sin fin de enfermedades mentales y físicas, con teorías que hoy nos hacen sonreír, pero que en su tiempo gozaron de gran prestigio y credibilidad entre los científicos [42]. El mismo Freud es deudor, en sus planteamientos sobre el tema, de prejuicios y reparos que delatan los fantasmas que anidaban en la mentalidad de su época. En su trabajo *La herencia y la etiología de las neurosis* (1896) [43], por ejemplo, ve el onanismo como una causa de neurastenia. Y en el largo debate sobre el tema que se inició en 1912 dentro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena casi todo quedó centrado en el carácter perjudicial de la masturbación y, sobre todo, en la *posibilidad de la fijación de fines sexuales infantiles y de la permanencia en el infantilismo psíquico. Con ello esta dada la predisposición a la neurosis* [44]. Hará falta un tiempo para que, dentro mismo del campo psicoanalítico, la masturbación pueda ser considerada como un fenómeno que, pudiendo responder a dinámicas muy diversas, cabe ser situado dentro de la normalidad como también dentro de la sintomatología patológica [45].

Tan sólo la indagación de las fantasías que le acompañan (consciente o inconscientemente) cabe esclarecer el sentido al que responde dicho comportamiento sexual. En ocasiones la actividad masturbatoria responde a un intento de autoafirmación, una especie de reivindicación de sí mismo frente a las instancias de autoridad que el joven experimenta como antagonistas de su deseo. Pero, en este período, generalmente, responde al intento de pasar de una dinámica narcisista a otra de tipo objetal. Desde el denso autoerotismo en el que se mueve la dinámica adolescencial (favorecido por la rápida transformación de su cuerpo de niño o niña en un cuerpo de hombre o mujer), el joven intenta también transitar al campo de los objetos de amor. La vida imaginaria que acompaña a la masturbación revela ese intento de búsqueda y encuentro con lo que está más allá de sí mismo y del campo familiar que concentró su interés infantil [46]. Como se indicaba más arriba, la mayor o menor tolerancia del Super-yó a los empujes eróticos marcará también la mayor o menor conflictividad que acarree este tipo de comportamiento. Así como también habría que señalar que la masturbación que llega a adquirir un carácter compulsivo, probablemente está manifestando una conflictividad infantil que no acaba de resolverse y que puede conducir a un estancamiento en posiciones narcisistas. En cualquier caso, el problema no estaría tanto en la actividad masturbatoria sino en los conflictos latentes que ésta pone de manifiesto.

La dimensión homosexual (que trataremos en un capítulo aparte) constituye también un elemento a tener en consideración en la psicodinámica del deseo adolescencial. Ella se exterioriza más que en otros períodos de la vida y pone de manifiesto esa reactivación edípica que caracteriza a este período (en su dimensión invertida), así como la dificultad que el adolescente experimenta para el acercamiento al otro sexo. Las "amistades íntimas" propias de esta etapa revelan esa corriente homosexual, más o menos latente, en extrema

confidencialidad, con matices tan exhibicionistas, así como en los celos y posesividad que caracteriza a este tipo de amistades [47]. El propio sexo reasegura frente a los fantasmas que el otro género suele despertar en el adolescente.

Esos fantasmas con relación al otro sexo son los que están también en la base de los enamoramientos platónicos tan característicos de esta edad. La figura amada se presenta nimbada de una idealidad que le acerca mucho a las imágenes parentales depositadas en el fondo del propio mundo interno. Por ello también esos amores platónicos se limitan a los componentes puramente tiernos y afectivos, dejando al margen los elementos más explícitamente eróticos y genitales. Se ha dicho, y con razón, que el primer enamoramiento en estas etapas, inconscientemente, tiene mucho que ver con el primero de todos: el que en la etapa edípica tuvo lugar con relación a las figuras de la madre o del padre [48]. La separación de la ternura y lo erótico es lo que de modo más claro revela esa ligazón con las representaciones parentales. El reto que se plantea, entonces, al adolescente es el de volver a unificar esas dos corrientes anímicas que, necesariamente separadas en la situación edípica, han de volver a fundirse en el encuentro con el objeto de amor que ha de conquistar en el terreno situado al margen de la familia. Éste será uno de los puntos claves en la maduración del deseo, tema en el que nos centraremos en el siguiente capítulo.

NOTAS:

1. Como aportación importante a las eventuales relaciones entre psicoanálisis y biología tenemos en España la obra de J. ROF CARBALLO. Cf. principalmente *Biología y psicoanálisis*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1984. Una información precisa sobre las determinaciones genéticas en la vida sexual la encontramos en J.R. LACADENA, *Citogenética*, Ed. Complutense, Madrid 1996.
2. Cf. A. RASCOVSKY, *El psiquismo fetal*, Paidós, Buenos Aires 1960; *Conocimiento del hijo*, Ed. Orion, Buenos Aires 1973; S. LEBOVICI - A. SOULÉ, *El conocimiento del niño a través del psicoanálisis*, F.C.E., México 1973, 163-165.
3. Cf. a este respecto, A. VERGOTE, *Interpretation du langage religieux*, Seuil, Paris 1974. Desde el punto de vista junguiano en el psiquismo fetal se harían ya presente de alguna las huellas de los grandes arquetipos del Inconsciente Colectivo.
4. El nacimiento supone una ruptura del ritmo vital que se tenía en la situación intrauterina. Ahora el corazón cambia de ritmo, comienza la respiración pulmonar, el pleno funcionamiento de las funciones digestivas, etc. así como también se introduce una situación, la del mundo externo, en la que la satisfacción y la frustración se hacen presente en una alternancia incomprensible aún para el recién nacido. Cf. B. THIS, *Naitre*, Aubier-Montaigne, Paris 1973. Dentro del psicoanálisis O. RANK resaltó la angustia del nacimiento como fuente fundamental de toda angustia posterior (*El trauma del nacimiento*, Paidós, Buenos Aires, 1961). Freud, que concedió un valor a esta teoría de Rank, se distanció de ella cuando este autor absolutizó el papel de esa angustia primordial como explicación última de toda la angustia humana. Cf. S. FREUD, *Inhibición, síntoma y angustia*, 1926, O.C., III, 2833-2892.
5. En esa línea se expresa D. VASSE, en un sugerente texto titulado *El ombligo y la voz*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974.
6. Cf. S. FREUD, *Psicoanálisis y teoría de la libido*, 1923, O.C., III, 2668; *Compendio de psicoanálisis*, 1938 [1940], O.C., III, 3386.
7. Se ha distinguido en psicoanálisis una primera fase de esta etapa oral en la que predomina la actividad de la succión y otra posterior, en la que predomina el morder. A la primera se le ha llamado "pasiva" o "fase oral precoz", mientras que a la segunda se le llamó "activa" o "fase oral sádica". Sobre estas etapas se puede consultar cualquier manual o diccionario de psicoanálisis. Cabe reseñar, F. DOLIO, *Psychanalyse et pédiatrie*, Ed. du Seuil, Paris

- 1971, K. ABRAHAM, *L'Introjection mélancolique. Les deux étapes de la phase orale du développement de la libido*, O.C., Payot, Paris 1973, vol. II, 272-278.
8. Así entiende Melanie Klein la relación que el bebé mantiene con el objetivo de evitar la ambivalencia afectiva que marca su relación con el objeto total. Parcializando la relación se hace posible vivir una relación exclusivamente positiva, "buena", preservándolo de los sentimientos de carácter negativo. Cf. R. H. HINSHELWOOD, *Diccionario del pensamiento kleiniano*, Amorrortu, Buenos Aires 1989. s.v. "Objetos-partes".
 9. Estas primitivas relaciones orales se establecen con una independencia relativa a que la alimentación de lleve a cabo mediante la lactancia con el pecho materno (o de quien le sustituya) o mediante el biberón. Pediatras y psicoanalistas valoran, sin embargo, positivamente la relación y contacto con el pecho materno, con preferencia sobre otros medios. No es conveniente, sin embargo, absolutizar la cuestión. Porque, ciertamente, más vale un biberón bien dado; es decir, con calidez, contacto tierno, etc., que un pecho mal dado por razones de rechazo, ansiedad, etc. en la persona de la madre.
 10. Cf. S. FREUD, *Historia de una neurosis infantil*, 1918, O.C., II, 2000.
 11. Evidentemente, en estos problemas relativos a la alimentación intervienen también como sabemos toda otra serie de factores constitucionales, culturales, etc. Cf. K.A. HALMI, *Anorexia nervosa: demographic and clinicil features in 94 cases: Psychosomatic Medicine* 36 (1974) 18- 26; K. A. HAL-Mi et al., *Comorbidity of psyccliatric diagnoses in anorexia nervosa: Arch. Gen. Psych.* 48 (1991) 712-718; R.E. HALES et al.. *Tratado de psiquiatría*, Ancora, Barcelona 1996.
 12. Cf. J. ROF CARBALLO, *Urdimbre afectiva y enfermedad*. Labor. Barcelona 1961.
 13. Rene Spitz estudio la situación de niños que, criados en determinadas instituciones hospitalarias, crecieron sin la conveniente atención y cuidado afectivo. Describió el cuadro que denominó "depresión anaclítica", también denominada "hospitalismo". Los síntomas expresan unos conflictos de carácter muy serios: anorexias, estados de tristeza profundos, problemas físicos variados con gran resistencia para la curación, etc. Cf. R. SPITZ, *Anaclitic Depression, Psychoanalytic Study ofthe Child*, Int. Univ. Press, New York 1946; *Sí y no. Sobre la génesis de la comunicación humana*, Hormé, Buenos Aires 1960; *El primer año de la vida del niño*, Aguilar, Madrid 1973.
 14. Esta posición fue descrita por Melanie Klein en 1946 y ha encontrado un lugar de central en las teorizaciones psicoanalíticas posteriores. Cf. *Psicopatología de la posición esquizo-paranoide*, Paidós. Buenos Aires 1974, O.C., I, 57-69. Como obras de introducción al pensamiento de esta figura relevante del psicoanálisis Cf. H. SEGAL, *Introducción a la obra de Melanie Klein*, Paidós, Buenos Aires 1975; J. M. Petot, *Meinnie Klein*, Paidós, Buenos Aires 1982; Cl. GEETS, *Métame Klein*, P.U.F., Paris 1971. También se encuentra información al respecto en: AKOU et al. *Los grandes del Inconsciente*, Mensajero, Bilbao 1983 o J. B. FACES, *Historia del psicoanálisis después de Freud*, Martínez Roca, Barcelona 1979.
 15. La exposición más sistemática de Melanie Klein sobre la posición depresiva la encontramos en un texto de 1952: *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante*, O.C., 3,177-208.
 16. Melanie Klein habló de "reparación" como mecanismo que expresa la culpabilidad primitiva generada por el daño imaginario que el bebé proyectó sobre la "madre mala". Dependiendo del mayor o menor peso que acaben teniendo los objetos buenos o malos incorporados a lo largo de los avalares de estas posiciones, se estructurarán actitudes profundas de envidia o gratitud en relación a la vida y a los otros. Cf. M. KLEIN, *Envidia y gratitud*, O.C, 6,177-208 y la ya citada anteriormente; M. KLEIN - J. RIVIÉRE, *Amor, odio y reparación*.
 17. Como ya señalábamos en el capítulo II, la teoría de M. MAHLER insistió en este tema de la separación respecto al objeto materno como eje central del desarrollo. Además de la obra ya citada de esta autora, Cf. también M. MAHLER - F. FINE - A. BERGMAN, *Symbiose huinaine et individuation. La naissance psychologique de l'etre humain*, Payot, Paris 1980.
 18. Cf S. Freud, *El carácter y el erotismo anal*, 1908, O.C., II, 1355-1357; *Prólogo para un libro de John Gregory Bourke*, 1913.O.C, II, 1940; *Sobre las transformaciones de los*

- instintos y especialmente del erotismo anal*, 1917, O.C., II, 2035-2036; *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, 1916-17, O.C., II, 2319, 2363; *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, 1932, O.C., III, 3157-3158.
19. *Tres ensayos para una teoría sexual*, 1905, O.C., II, 1202-1203.
 20. Cf. C. MONEDERO, *Psicología evolutiva y sus manifestaciones psicopatológicas*. Biblioteca Nueva, Madrid 1972, 201-202. En este manual se encontrará una información importante en su rigor y brillante en su exposición sobre muchos los temas abordados en este capítulo.
 21. J. ROF CARBALLO, *Rebelión y futuro*, Taurus, Madrid 1970, 117.
 22. De ahí que a la primera fase de esta etapa se le haya denominado como "megalomaniaca".
 23. En casos graves de psicosis esquizofrénica puede manifestarse una coprofagia, expresión de esta falta de defensa frente a la analidad.
 24. Sobre este tema desarrollé algunas ideas en *Crear después de Freud*, Paulinas, Madrid 1992, 240-252.
 25. Todo ello origina una polarización en los temas de la genitalidad, que se expresa también mediante comportamientos sexuales tales como la masturbación, juegos eróticos, etc.
 26. Toda una amplia problemática y debate se abren en el campo psicoanalítico y fuera de él sobre las significaciones acordadas por Freud a lo femenino y al valor atribuido al pene en la configuración de la sexualidad. Sobre todo se puede consultar: Cf. AA.VV., *La castration et le féminin dans les deux sexes*: Revue Francaise de Psychanalyse LVII (1993); AA.VV., *Filintionsfemenines*: Revue Francaise de Psychanalyse LVIII (1994); J. CHAUSSEGUET-SMIRGEL, *La sexualidad femenina. Nuevas aportaciones psicoanalíticas*, Laia, Barcelona 1973; S. TUBERT, *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*, El Arquero, Madrid 1988.
 27. Cf. J. LACAN, *Las formaciones del inconsciente*, Nueva Visión, Buenos Aires 1970, 112.
 28. En esta misma dirección se expresa A. FAURE-OPPENHEIMER, *La elección de sexo*, Akal, Madrid 1986. Cf. también D. NASIO, *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*, Gedisa, 1993, 49. Ver todo el capítulo "concepto de falo", 45-60. Cf. también del mismo autor. *El placer de leer a Freud*, Gedisa, Madrid 1999, 73-79 y *Sobre la teoría de J. Lacan*, Gedisa, Barcelona 1998.
 29. La fantasía de la no-diferenciación sexual aparece, sin embargo, en mitos y leyendas, en sueños y fantasías y en determinadas situaciones de la vida social ("*lo unisex*"): es la negación de la diferencia, la negación de lo otro, el sueño de la unicidad hermafrodita. En forma más patológica, esa diferencia de los sexos en negada en el fetichismo. Cf. S. FREUD, *Fetichismo*, 1927, O.C., III, 2993-2996.
 30. En la estructura global del Edipo existe también una corriente que liga el deseo en relación al progenitor del mismo sexo. Es la vertiente invertida u homosexual del Edipo. A ella se refiere Freud en una importante nota introducida en 1915 en su obra *Tres ensayos para una teoría sexual*, 1905. *Todo individuo* -nos dice refiriéndose a la situación edípica- es capaz de una elección homosexual y la ha llevado, efectivamente, a cabo en su inconsciente. O.C., II, 1178.
 31. Esta ley del deseo, en su carácter universal, es la que Freud describe en forma de "mito científico" en su obra *Tótem y tabú*, 1913, O.C., II, 1745-1850. Freud señala que la sociedad sólo puede ver nacimiento cuando los hijos interiorizan lo que el padre significa. *Tótem y tabú*, como sabemos, fue origen de una polémica importante en el campo de la antropología. En esta cuestión me centré en *Psicoanálisis y antropología de la religión en Andalucía*, en *Fiestas y religión en la cultura popular andaluza*, Universidad de Granada, 1992, 141-192. Sobre esta problemática es especialmente iluminadora la obra del filósofo V. GÓMEZ PIN, *El psicoanálisis. Justificación de Freud*, Montesinos, Barcelona 1981.
 32. En este sentido juega un papel rector el Superyó, heredero del complejo de Edipo, que lo llamó Freud. El Superyó supone la internalización de la ley que prohíbe el incesto y, a partir de ella, de las leyes, ideales y propuestas morales que marcan la vida del grupo social.
 33. L. ALTHUSSER, *Freud y Lacan*, Anagrama, Barcelona 1970, 24.

34. Eso es lo que se pretende indicar en psicoanálisis cuando se utiliza la expresión de *castración simbólica*: corte producido por un acto que secciona y disocia el vínculo imaginario y narcisista entre la madre y el hijo, ley que rompe la ilusión de todo ser humano de creerse poseedor o de identificarse con una omnipotencia imaginaria. Cf. J. LACAN, *Escritos*, Siglo XXI, México, 1979 y 1978, T. II, 669-670, 673 y 822. D. NASIO, *Enseñanza de siete conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Gedisa, Barcelona, 1993, 45-59.
35. Cf. S. FREUD, *Teorías sexuales infantiles*, 1908, O.C. II, 1262-1271. En los *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud se refiere a la "pulsión de saber" (*Wissentrieb*) polarizada de modo importante en esta época en los temas concernientes a la sexualidad: O.C. I, 1207-1209.
36. El término fase o período de latencia fue acuñado por W. Fliess. A él se refiere Freud en el primer apartado del segundo ensayo sobre la sexualidad infantil (O.C., I, 1197-1198).
37. No son raras, sin embargo, las emergencias de pulsiones nítidamente eróticas y genitales durante este período de latencia. La utilización de la energía pulsional del chico o la chica en favor de los valores culturales no deja de ser una ideal educativo del cual, como indica, Freud, se desvía casi siempre el desarrollo del individuo en algún punto y, con frecuencia, en muchos: *En la mayoría de los casos logra abrirse camino un fragmento de la vida sexual que ha escapado a la sublimación, o se conserva una actividad sexual durante todo el período de latencia hasta el impetuoso florecimiento de la pulsión sexual en la pubertad* (Ibid., O.C. II, 1198).
38. Toda esta problemática es bien analizada por C. MONEDERO, Ibid., 258-261. Cf. también I. AGÜERA, *Diario de una maestra y sus cuarenta alumnos*: Desclée de Brouwer, Bilbao 1999.
39. J. L. LILLO: *La cesura de la adolescencia*: Temas de psicoanálisis IV (1999) 103-130. Obras clásicas sobre este período desde la óptica psicoanalítica son las de H. ZULLIGER, *La pubertad de los muclia-chos*, Herder, Barcelona 1972 y *La pubertad de las muchachas*, Herder, Barcelona 1973. De particular interés es el capítulo dedicado a la adolescencia en la obra citada de C. MONEDERO, 305-369.
40. Cf. A. FREUD, *el Yo y los mecanismos de defensa*, Paidós, Buenos Aires 1973.
41. Durante tiempo se presentó el período de la adolescencia como prototipo de revolución psíquica. La investigación psicoanalítica, sin embargo, nos hizo ver que todas las transformaciones de este periodo acaecen sobre las que ya tuvieron lugar en la infancia que son, particularmente las de los primeros años, las más decisivas en la configuración de la personalidad.
42. Cf. en este sentido el interesante y ya citado estudio de F. ÁLVAREZ URÍA, *El sexo de los niños*.
43. O.C. I, 277-285.
44. S. FREUD, *Contribuciones al simposio sobre la masturbación*, 1912, O.C., II, 1707.
45. Cf. R. SPITZ, *Hacia una revaluación del autoerotismo*. Proteo, Buenos Aires 1969.
46. Un buen estudio sobre toda esta problemática lo encontramos en A. ALSTEENS, *La masturbación en los adolescentes*, Herder, Barcelona 1970. Más allá de este período Cf. L. P. SARNOFF - I, SAR-NOF, *Onanismo. Estudio sobre la masturbación en las relaciones adultas*, Ed. Grijalbo, Barcelona 1980.
47. En ocasiones pueden darse comportamientos explícitamente homosexuales (generalmente bajo forma de mutua masturbación), sin que éstos lleguen a tener el poder de orientar la dinámica afectivo-sexual en esa dirección. Es más, parece claramente contraproducente el alarmismo y dramatismo que en ocasiones, se ha puesto de manifiesto ante este tipo de situaciones. esos comportamientos difícilmente darán lugar a una opción homosexual definitiva, sí previamente no se ha configurado ya una estructuración del deseo en esa línea.
48. Cf. C. MONEDERO, Ibid. 328.

BIBLIOGRAFÍA

- ALSTEENS, A., *La masturbación en los adolescentes*, Herder, Barcelona 1970.
- BLOS, *La transición adolescente*, Amorrortu, Buenos Aires 1996.
- DOLTO, E, *Psychanalyse et pédiatrie*, Ed. du Seuil, Paris 1971. *Tener hijos*, 3 vols., Paidós, Barcelona 1981-1982.
- ERIKSON, E./ *Infancia y sociedad*, Paidós, Buenos Aires 1966. *Sociedad y adolescencia*, Siglo XXI, México 1977.
- FREUD, S., *Tres ensayos para una teoría sexual*, 1905, O.C. II, 1202-1203. *Teorías sexuales infantiles*, 1908, O.C./ II, 1262-1271. Contribuciones al simposio sobre la masturbación, 1912, O.C. II, 1707.
- KLEIN, M., - RIVIÉRE, J., *Amor, odio y reparación*.
- KLEIN, M., *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante*, O.C. Paidós, Buenos Aires 1974, vol. 3,177-208. *Envidia y gratitud*, O.C., vol. 6,177-208. LACAN, J., *Las formaciones del inconsciente*, Nueva Visión, Buenos Aires 1970.
- LEBOVICI, S. - SOULÉ, A., *El conocimiento del niño a través del psicoanálisis*, F.C.E., México, 1973,163-165.
- MAHLER, M., - PINER, F. - BERGMAN, A., *Symbiose hómame et individuation. La nais-sance psychologicfue de l'etre humain*, Payot, Paris 1980.
- MONEDERO, C., *Psicología evolutiva y sus manifestaciones psicopatológicas*, Biblioteca Nueva, Madrid 1972
- RASCOVSKY, A. *El psiquismo fetal*, Paidós, Buenos Aires 1960.
- ROF CARBALLO, J., *Urdimbre afectiva y enfermedad*, Labor. Barcelona 1961.
- SPITZ, R. *Sí y no. Sobre la génesis de la comunicación humana*, Hormé, Buenos Aires 1960
- El primer año de la vida del niño*, Aguilar, Madrid 1973.
- TUBERT, S. *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*, El arquero, Madrid 1988.
- WINNICOTT, D.W., *Acerca de los niños*, Paidós, Buenos Aires 1998. *Los bebés y sus madres*, Paidós, Buenos Aires 1998.